

## EPISODIO SEGUNDO

## EL INICIADO

Lo mismo que el mal, lo sublime tiene su contagio. De modo que cuando el huésped de la señora de la Chanterie llevó en aquella vieja y silenciosa casa algunos meses, después de la última conferencia del bondadoso Alain, que le hizo sentir un profundo respeto por los casi religiosos con quienes se encontraba, experimentó ese bienestar del alma que proporcionan la vida arreglada, las costumbres sencillas y la armonía de los caracteres de los que nos rodean. En cuatro meses, Godofredo, que no oyó ni un grito, ni una discusión, acabó por confesarse á sí mismo que, desde la edad de la razón, no recordaba haber gozado, no de felicidad, sino de tranquilidad tanta. Viendo de lejos, juzgaba acertadamente al mundo. En fin, el deseo que alimentaba hacía ya tres meses de participar de las obras de aquellos misteriosos personajes se convirtió en pasión, y, aunque no se sea gran filósofo, cualquiera puede comprender la fuerza que adquieren las pasiones en la soledad.

Un día, pues, día que pasó á ser solemne por la omnipotencia del espíritu, después de haberse sonado el corazón y de haber consultado sus fuerzas, Godofredo subió á la habitación del buen Alain, de aquel á quien la señora de la Chanterie llamaba su *cordero*, de aquel que le parecía el más tratable y el menos imponente de todos los habitantes de la casa,

con intención de que el buen hombre le instruyese respecto á la clase de sacerdocio que aquellas especies de hermanos de Dios ejercían en París. Las alusiones hechas ya en la época de las pruebas, le pronosticaban y le hacían esperar una iniciación. Su curiosidad no estaba satisfecha con lo que el venerable anciano le había dicho sobre los motivos de su abnegación á la obra de la señora de la Chanterie, y deseaba saber algo más.

Por tercera vez Godofredo se encontró ante el cuidado señor Alain á las diez y media de la noche, en el momento en que el anciano iba á empezar la lectura de la *Imitación*. Esta vez, el amable iniciador no pudo contener una sonrisa al ver al joven, y le dijo antes de que él abriese la boca:

—Amigo mío, ¿por qué se dirige usted á mí en lugar de dirigirse á la señora? Yo soy el más ignorante, el menos instruído y el más imperfecto de la casa. Hace ya tres días que la señora y mis amigos leen en su corazón de usted, añadió con cierta malicia.

—Y ¿qué han leído? preguntó Godofredo.

—¡Ah! respondió francamente Alain, han adivinado en usted un deseo de pertenecer á nuestro pequeño rebaño. Pero ese deseo no se ha convertido aún en ardiente vocación. Sí, repuso vivamente ante un gesto de Godofredo. Tiene usted más curiosidad que fervor. En una palabra, que aun no está usted libre de la influencia de las antiguas ideas, y entreve usted un no sé qué de aventurero y novelesco en los incidentes de nuestra vida...

Godofredo no pudo menos de ruborizarse.

—Ve usted en nuestras ocupaciones una semejanza con las de los califas de las *Mil y una noches*, y de antemano experimenta usted una especie de satisfacción desempeñando el papel de buen genio en las novelas de caridad que usted se complace en inventar... Vamos, hijo mío, la confusión de usted me prueba

que no nos hemos engañado. ¿Cómo cree usted que va á poder ocultar ningún sentimiento á gentes cuyo oficio es adivinar los impulsos más escondidos de las almas, las astucias de la pobreza, los cálculos de la indigencia, y que son espías decentes, miembros de la policía del buen Dios, jueces cuyo código no contiene más que absoluciones, y doctores en todo sufrimiento, que emplean como único remedio el dinero sabiamente distribuido? Pero vea usted, hijo mío, nosotros no discutimos las causas que nos traen á un neófito á nuestra orden, con tal que este pase á ser uno de nuestros hermanos. Lo juzgaremos á usted en la obra. Hay dos curiosidades, la del bien y la del mal; usted en este momento tiene la buena. Si usted hubiese de ser un obrero de nuestra viña, el jugo de los racimos le daría á usted esa sed perpetua del fruto divino. La iniciación es como todas las ciencias naturales, fácil en apariencia y difícil en realidad. Ocorre en caridad como en poesía. Nada más fácil que saber disimular. Pero aquí, como en el Parnaso, sólo nos contentamos con lo perfecto. Para llegar á ser uno de los nuestros tiene usted que adquirir una gran ciencia de la vida, ¡y de qué vida, Dios mío! de la vida parisiense que burla la sagacidad del señor prefecto de policía y de sus agentes. ¿No tenemos que descubrir la conspiración permanente del mal bajo sus formas, que son tan variadas y diversas que parecen infinitas? La caridad, en París, debe ser tan sabia como el vicio, del mismo modo que el agente de policía debe ser tan astuto como el ladrón. Todos nosotros debemos ser cándidos y desconfiados, y debemos tener la penetración para juzgar, tan segura y rápida como el golpe de vista. Por eso, hijo mío, somos todos viejos ó envejecidos; pero estamos tan contentos de los resultados obtenidos, que no queremos morir sin dejar sucesores, y usted nos es tanto más caro á todos, por cuanto que, si persiste en su idea, será nuestro primer discípulo. Nosotros no admitimos la casualidad

y creemos que nos ha sido usted enviado por Dios. Es usted una buena naturaleza aguada, y desde que está usted con nosotros, los malos gérmenes van desapareciendo. La naturaleza divina de la señora ha influido sobre usted. Ayer celebramos un consejo, y, teniendo en cuenta que cuento con su confianza, mis buenos hermanos acordaron nombrarme tutor y maestro de usted... ¿Está usted contento?

—¡Ah! mi querido señor Alain, usted ha despertado en mí con su elocuencia...

—Hijo mío, no soy yo el que habla bien, son las cosas las elocuentes... Se puede tener siempre la seguridad de ser grande y hasta sublime obedeciendo á Dios é imitando á Jesucristo, en cuanto es posible á los hombres, ayudado por la fe.

—¡Pues bien, este momento ha decidido mi vida y me siento poseído de todo el fervor de un neófito! exclamó Godofredo. Yo también quiero pasar la vida haciendo el bien.

—Ese es el secreto para estar siempre con Dios, replicó Alain. ¿Ha estudiado usted aquella divisa: *Transire Benefaciendo*? *Transire* significa recorrer esta vida, dejando tras sí una larga huella de beneficios.

—Lo he comprendido perfectamente, y yo mismo he puesto la divisa de la orden en la cabecera de mi cama.

—Está bien. Esa acción, tan sencilla en sí misma, tiene un gran valor á mis ojos. Hijo mío, voy á confiarle á usted su primer asunto, su primer duelo con la nobleza, y voy á ponerle á usted el pie en el estribo... Vamos á separarnos... Sí, yo mismo tengo que salir del convento para ir á ocupar mi puesto en el corazón de un volcán. Voy á pasar á ser contra-maestre de una gran fábrica cuyos obreros están infectados de doctrinas comunistas, que sueñan con la destrucción social y la aniquilación de los amos, sin considerar que eso sería la muerte de la industria, del comercio y de las fábricas. Permaneceré allí, ¿quién

sabe? acaso un año, llevando la caja, los libros, y penetrando en los hogares de ciento ó ciento veinte familias pobres, extraviadas sin duda por la miseria, antes de haberlo sido por las malas lecturas. Sin embargo, nos veremos aquí todos los domingos y días de fiesta... Como hemos de vivir en el mismo barrio, le indico á usted la iglesia de San Jacobo como lugar de cita; iré á oír misa allí todos los días á las siete y media de la mañana. Si me encuentra usted en alguna otro parte, haga como si no me conociese, á no ser que me viese frotarme las manos como si estuviese satisfecho. Este es uno de nuestros signos. Tenemos, como los sordomudos, un lenguaje por gestos cuya importancia y necesidad no tardará usted en comprender.

Godofredo hizo un gesto, que el buen Alain debió comprender, porque se sonrió, y prosigió en estos términos:

—Ahora, he aquí nuestra misión. Nosotros no ejercemos la beneficencia ni la filantropía que usted conoce, y que se dividen en varias ramas explotadas, cual si fuese un comercio, por otros tantos rateros; nosotros practicamos la caridad tal como la define nuestro grande y sublime San Pablo, y opinamos que ella es la única que puede curar las llagas de París. Para nosotros, la desgracia, la miseria, el sufrimiento, las penas, el mal, sea cualquiera la causa de que procedan y la clase social en que se manifiestan, tienen los mismos derechos. Sea cual fuere su creencia ó sus opiniones, un desgraciado es ante todo un desgraciado, y nosotros no debemos hacerle volver al regazo de nuestra santa madre la Iglesia hasta después de haberlo salvado de la desesperación ó del hambre. Además, debemos convertirle más bien con el ejemplo y con la dulzura que con otra cosa, pues creemos que Dios nos ayuda en esto. Toda violencia es considerada, pues, como mala. De todas las miserias parisienses, las más difíciles de descubrir y las más te-

ribles son las de la gente decente, la de las clases elevadas de la burguesía que han caído en la indigencia y que procuran ocultarla cuidadosamente. Estas desgracias, mi querido Godofredo, son objeto de una solicitud particular. En efecto; las personas socorridas tienen inteligencia y corazón, nos devuelven con largueza las sumas que les hemos prestado, y estas restituciones cubren las pérdidas que nos ocasionan los enfermos, los bribones y aquellos á quienes la desgracia ha vuelto estúpidos. Muchas veces obtenemos informes por medio de aquellos mismos á quienes socorremos; pero ha llegado á ser tan vasta nuestra obra y se multiplican de tal modo sus incidentes, que ya no nos bastamos. Hace ya siete ú ocho meses que cada uno de nosotros tiene un médico en cada distrito de París. Cada uno de nosotros está encargado de cuatro distritos. Les damos un sueldo de tres mil francos anuales á cada médico para que se ocupe de nuestros pobres. Debe atenderles con preferencia á todo, aunque no le impedimos que se ocupe de otros enfermos. ¿Querrá usted creer que en ocho meses no pudimos encontrar doce hombres que tanto necesitábamos, á pesar de los recursos que nos ofrecían nuestros amigos y nuestros propios conocidos? ¿No necesitábamos personas de una discreción absoluta, de costumbres puras, de probada ciencia, activas y aficionadas á practicar el bien? Aunque haya en París diez mil individuos más ó menos aptos para servirnos, esos doce elegidos no se encuentran en un año.

—A nuestro Salvador le costó trabajo reunir sus doce apóstoles, y aun se había metido entre ellos un traidor y un incrédulo, dijo Godofredo.

—En fin, hace quince días que nuestros distritos están provistos de un visitador, que es el nombre que damos á nuestros médicos, dijo el buen anciano sonriéndose; esa es la causa de que el trabajo haya aumentado muchísimo. Pero no importa, pues también

nuestra actividad se redobla. Si le confío el secreto de nuestra orden naciente, es porque tiene usted que conocer al médico del distrito adonde va usted destinado, el cual médico es el que nos ha dado los informes que poseemos. Este visitador se llama Berton, y el doctor Berton vive en la calle del Enfer. Y ahora, he aquí el hecho. El doctor Berton cuida á una señora cuya enfermedad parece incurable. Esto no nos importa, porque es cosa del facultativo; nuestra misión es descubrir la miseria de la familia de esta enferma, miseria que el doctor sospecha que es espantosa, y escondida con una energía y un orgullo que exigen todos nuestros cuidados. Antes, hijo mío, yo hubiera bastado para llevar á cabo esa labor; pero hoy la obra á que voy á dedicarme exige un ayudante en mis cuatro distritos, y usted será ese ayudante. Esa familia vive en la calle de Notre-Dame des Champs, en una casa que da al boulevard del Mont-Parnase. Allí encontrará usted una habitación para alquilar, y debe averiguar la verdad durante el tiempo que habite usted dicha habitación. Para usted, observe una sórdida avaricia; pero respecto al dinero que sea necesario dar, no se preocupe usted, pues yo le entregaré las sumas que se juzguen necesarias, una vez que hayamos hecho entre nosotros un examen detenido de las circunstancias. Pero estudie usted bien la moral de esos desgraciados. El corazón y la nobleza de sentimientos son nuestras hipotecas. Avaros para nosotros, generosos con los que sufren, debemos ser prudentes y calculadores, toda vez que sacamos nuestros recursos del tesoro de los pobres. Mañana por la mañana váyase usted allá y piense en todo el poder de que dispone. ¡Los hermanos están con usted!

—¡Ah! exclamó Godofredo, ansío tanto ejercer el bien y ser digno de pertenecer á la sociedad algún día, que le aseguro á usted que no me dormiré.

—¡Ah! hijo mío, una última recomendación. La prohibición de reconocerme sin la señal concierne

igualmente á los demás señores, á la señora y hasta á los criados de la casa. La necesidad del incógnito absoluto en nuestras empresas es tan grande y nos vemos tan obligados á guardarla, que hemos hecho de él una ley. Por otra parte, debemos permanecer ignorados, perdidos en París... Piense usted, mi querido Godofredo, en el espíritu de nuestra orden, que consiste en no desempeñar nunca el papel de bienhechores, y sí únicamente el papel de sencillos intermediarios. Nos presentamos siempre como agentes de una persona piadosa y santa (¿no trabajamos siempre por Dios?), á fin de que no se crean obligados á estarnos agradecidos ó que no nos tomen por personas ricas. La humildad verdadera y sincera, y no la falsa humildad de las gentes que la afectan para hacerse más visibles, debe inspirar á usted y dirigir todos sus pensamientos... Puede usted estar contento de haber logrado esto; pero mientras animen á usted sentimientos de vanidad ó de orgullo, no será usted digno de entrar en la orden. Hemos conocido dos hombres perfectos: uno de ellos, que fué uno de nuestros fundadores, era el juez Popinot; respecto al otro, que se ha dado á conocer por sus obras, es un médico de aldea, que hizo célebre su nombre en una comarca; éste, mi querido Godofredo, es uno de los hombres más grandes de nuestros tiempos; ha hecho pasar á toda una comarca del estado salvaje al estado próspero, del estado irreligioso al estado católico, de la barbarie á la civilización. Los nombres de estos dos hombres están grabados en nuestros corazones y nos los proponemos como modelos. Nos consideraríamos muy felices si pudiésemos tener algún día en París la influencia que tuvo este médico de aldea en su comarca. Pero aquí la llaga es inmensa, y por ahora el curarla es obra superior á nuestras fuerzas. Que Dios nos conserve mucho tiempo á la señora, que nos envíe algunos ayudantes como usted, y acaso podremos dejar una institución que atraerá muchas bendi-

ciones sobre nuestra santa religión. Vamos, adiós... Su iniciación de usted empieza... ¡Ah! soy charlatán como un profesor y olvido lo esencial. Aquí tiene usted la dirección de esa familia, dijo entregando á Godofredo un pedazo de papel; he añadido también el número de la casa en que vive Berton, calle del Enfer. Ahora vaya usted á rogar á Dios que venga en su ayuda.

Godofredo cogió las manos del anciano, se las estrechó afectuosamente y le dió las buenas noches, prometiéndole no olvidar ninguna de sus recomendaciones.

—Todo lo que usted me ha dicho, añadió, quedará grabado en mi memoria para toda mi vida.

El anciano sonrió sin expresar duda alguna y se levantó para ir á arrodillarse en su reclinatorio. Godofredo volvió á su cuarto alegre al ver que iba á participar al fin de los misterios de aquella casa y que iba á tener una ocupación que, en la disposición de ánimo en que él se encontraba, se convertía en un placer.

Al día siguiente por la mañana faltaba en el almuerzo el bondadoso Alain, pero Godofredo no hizo ninguna alusión á la causa de su ausencia. No fué interrogado tampoco sobre la misión que le había sido confiada, recibiendo así la primera lección de discreción. Sin embargo, después de almorzar llamó aparte á la señora de la Chanterie y le dijo que iba á ausentarse por algunos días.

—Está bien, hijo mío, le respondió la señora de la Chanterie. Procure usted honrar á su padrino, pues el señor Alain ha respondido de usted á sus hermanos.

Godofredo dijo adiós á los otros tres hermanos, los cuales le hicieron un afectuoso saludo, con el que parecieron bendecir su estreno en aquella peligrosa carrera.

La asociación, una de las mayores fuerzas sociales

que constituyó á la Europa de la edad media, descansa en sentimientos que, desde 1792, no existen en Francia, donde el individuo impera sobre el Estado. La asociación exige en primer lugar una especie de abnegación de que no se tiene idea hoy, una fe cándida contraria al espíritu de la nación, y, por fin, una disciplina contra la que todo conspira, y que únicamente la religión católica puede obtener. Tan pronto como se forma una asociación en nuestro país, cada miembro, aunque comprenda que brillan en ella los más hermosos sentimientos, piensa únicamente en aprovecharse de aquella abnegación colectiva, de aquella reunión de fuerzas, y se ingenia para ordeñar en provecho propio la vaca común, que, no pudiendo bastar para satisfacer tanta astucia individual, muere tísica.

Imposible es calcular la infinidad de sentimientos generosos que han sido ahogados, de gérmenes ardientes que han perecido, de resortes que han sido anulados y perdidos para el país por las infames decepciones de la *carboneria* (1) francesa, por las inscripciones patrióticas del Champ de'Asile y otros engaños políticos que debían ser grandes y nobles dramas, y que no fueron más que sainetes de policía correccional. No sólo existieron asociaciones políticas, sino que las hubo también industriales. El amor individual quedó substituído por el amor al cuerpo colectivo. Las corporaciones y los gremios de la edad media, á los que se volverá indudablemente, son imposibles aun; las únicas SOCIEDADES que subsisten son las de las instituciones religiosas, á las que se hace la más ruda guerra en este momento, á causa de la tendencia natural de los enfermos á atacar los remedios y á veces hasta á los médicos. Francia ignora lo que es la abnegación, y por eso ninguna aso-

(1) Sociedad secreta que existió bajo la Restauración. (N. del T.)

ciación puede vivir sin el sentimiento religioso, único que doma las rebeliones del espíritu, los cálculos de la ambición y las avideces de todo género. Los que buscan nuevos mundos, ignoran que las asociaciones pueden dar muchos.

Andando por las calles, Godofredo sentía que era otro hombre. El que hubiese podido penetrar en él hubiese admirado el curioso fenómeno de la comunicación del poder colectivo. Ya no era un hombre, sino un sér centuplicado, que sabía que tenía la representación de cinco personas, cuyas fuerzas reunidas apoyaban sus actos y que marchaban con él. Llevando este poder en su corazón, experimentaba una plenitud de vida y un poder tal, que lo exaltaba. Como él dijo después, éste fué uno de los momentos más hermosos de su existencia, pues gozaba de un sentido nuevo, del sentido de una omnipotencia más cierta é indudable que la de los déspotas. El poder moral es como el pensamiento: no tiene límites.

—Vivir para otro, se dijo, obrar en común como un solo hombre, obrar solo cual si estuviesen todos juntos, tener por jefe la caridad, la más viva de las figuras ideales que encierran las virtudes católicas, eso es vivir. Vamos, reprimamos esta alegría pueril que causaba risa al padre Alain. Sin embargo, ¿no es singular que, queriendo anularme yo á mí mismo, haya venido á encontrar este poder que deseaba hace tanto tiempo? se preguntó. ¡El mundo de los desgraciados va á pertenecerme!

Anduvo con tal exaltación todo el trecho que hay desde Notre-Dame á la avenida del Observatorio, que ni siquiera se apercibió de la larga caminata que había andado. Llegado á la calle de Notre-Dame des Champs, á la parte que da á la calle del Oeste, las cuales no estaban aún adoquinadas en aquella época, quedó sorprendido al encontrar tanto fango en un lugar tan hermoso. En lugar de ir por las aceras, como vamos hoy, se iba entonces á lo largo de unas

tablas de madera que rodeaban los jardines cenagosos, ó á lo largo de las casas, por estrechos senderos que, gastados á fuerza de andar, no tardaban las aguas en convertir en arroyos.

A fuerza de buscar, acabó por encontrar la casa indicada, y llegó á ella, no sin trabajo. Era evidentemente una antigua fábrica abandonada. El edificio, bastante estrecho, ofrecía á la mirada una alta pared perforada por multitud de ventanas sin ningún adorno; pero estas aberturas cuadradas no existían en el piso bajo, donde no se veía más que una miserable puerta de dos hojas.

Godofredo supuso que el propietario había hecho de aquel edificio pequeños cuartos para alquilar, porque encima de la puerta se veía un letrero hecho á mano concebido en estos términos: *Varios cuartos para alquilar*. Godofredo llamó, pero nadie acudió, y, estando esperando, una persona que pasaba le advirtió que la casa tenía una entrada por el bulevar, donde sin duda encontraría quien le informase.

Godofredo siguió este consejo y vió, en el fondo de un jardinito que se extendía á lo largo del bulevar, la fachada de aquel edificio, que estaba algo escondida por los árboles. El jardinito, bastante mal cuidado, formaba una pendiente y era una especie de foso, á causa de la diferencia de altura que existe entre el bulevar y la calle de Notre-Dame des Champs. Godofredo tomó una calle de árboles del jardinito y al extremo de ella vió una mujer cuyas estropeadas ropas estaban en perfecta armonía con la casa.

—¿Es usted el que ha llamado en la calle de Notre-Dame? le preguntó la anciana.

—Sí, señora... ¿Es usted la encargada de enseñar las habitaciones?

Ante la respuesta afirmativa de aquella portera de edad dudosa, Godofredo le preguntó si la casa estaba habitada por gente pacífica, y dijo que se entregaba á ocupaciones que exigían silencio y reposo, que era

soltero y que quería arreglarse con la conserje para que se cuidase de su habitación.

Ante esta insinuación, la portera tomó un aire sumamente amable y le dijo:

—No ha podido venir el señor á mejor sitio que éste, porque, excepto los días de mercado, el bulevar está desierto como el estanque Pontins.

—¿Conoce usted el estanque Pontins? le preguntó Godofredo

—No, señor; pero en uno de los pisos vive un señor anciano cuya hija está en la agonía, y que dice eso, y yo lo repito. Mucho se alegrará ese señor al saber que desea usted tranquilidad y reposo, porque un inquilino que fuese un general Tempestad anticiparía la muerte de su hija... En el segundo piso tenemos dos especies de literatos que entran en casa á las doce de la noche y salen á las ocho de la mañana. Dicen que son autores, pero yo no sé dónde ni cuándo trabajan.

Mientras hablaba de este modo, la portera había llevado á Godofredo á una de esas horribles escaleras de ladrillo y madera, materiales que se avienen tan mal, que no se sabe si es la madera la que quiere dejar al ladrillo, ó los ladrillos los que se cansan de verse aprisionados por la madera, resultando de aquí que estos dos materiales tienen que ser fortificados por provisiones que se interponen entre ambos, de polvo en verano y de barro en invierno. Las paredes de yeso agrietadas estaban provistas de más inscripciones que ha podido inventar nunca la academia de bellas letras. La portera se detuvo al llegar al primer descansillo.

—Aquí el señor tiene dos cuartos contiguos y muy limpios; enfrente están los del señor Bernard. Este señor es el mismo de que hablé á usted hace un momento y es un hombre muy decente. Está condecorado, pero al parecer ha tenido muchas desgracias, porque no lleva nunca su condecor... Primero, estuvie-

ron servidos por un criado que era de la provincia, y lo despidieron hace ya tres años... El hijo de la señora lo hace desde entonces todo: arregla la casa...

Godofredo hizo un gesto.

—¡Oh! exclamó la portera, no tenga usted cuidado, no le dirán á usted nada. Nunca hablan con nadie. Este señor está aquí desde la Revolución de julio; vino el año 1831... Son gentes de provincia que debieron quedar arruinadas con el cambio de gobierno. Son orgullosos y están siempre taciturnos como peces... Hace cuatro años que no quieren aceptar ningún servicio mío por temor á tener que pagármelo... Cinco francos al cabo del año es lo único que gano con ellos... No ocurre lo mismo con los autores, que me dan diez francos al mes nada más que porque diga que se han mudado de casa á todos los que vengan á preguntarme por ellos.

Esta charlatanería hizo esperar á Godofredo que tendría una aliada en la portera, la cual le dijo, al mismo tiempo que le alababa la salubridad de los dos gabinetes y de los dos cuartos, que no era portera, sino más bien la mujer de confianza del propietario, que, hasta cierto punto, le tenía confiada la administración de la casa.

—Crea usted, señorito, que se puede tener confianza en mí, pues la señora Vauthier que ve usted aquí, preferiría morirse á quitar un céntimo á nadie.

La señora Vauthier no tardó en ponerse de acuerdo con Godofredo, el cual tomó la habitación por meses y amueblada. Aquellos miserables cuartos de estudiantes ó de autores desgraciados, se alquilaban amueblados ó sin amueblar. Las vastas buhardillas del edificio contenían los muebles. Pero el señor Bernard había amueblado él mismo el cuarto que ocupaba.

Haciendo hablar á la Vauthier, Godofredo comprendió que su intención era poner una modesta casa de huéspedes; pero, en cinco años, no había podido encontrar entre los inquilinos más que un solo co-

mensal. Vivía en el piso bajo, que daba al bulevar, y de ese modo guardaba ella misma la casa, ayudada por un gran perrazo, por una criada y por un criado que limpiaba las botas, los cuartos y hacía los recados, dos pobres como ella, en armonía con la miseria de la casa, con la de los inquilinos y con el aire salvaje y desolado del jardín que precedía á la casa.

Ambos eran muchachos abandonados por sus familias, y á quienes la viuda Vauthier daba la comida por todo salario, ¡y qué comida! El muchacho, á quien Godofredo entrevió, llevaba por librea una blusa hecha girones, escarpines en lugar de zapatos, y para andar por fuera unos zuecos. Desgreñado como un gorrión que sale de tomar un baño, con las manos negras, iba á trabajar midiendo leña en los puestos del bulevar, después de haber hecho el servicio de la mañana; y, una vez que acababa su tarea, ó sea á las cuatro y media, hora en que se retiran los puestos de leña, reanudaba sus ocupaciones domésticas. Iba á buscar á la fuente del Observatorio el agua necesaria para la casa, que la viuda proporcionaba á los inquilinos, así como pequeños hacecitos de teas cortadas y fabricadas por él.

Nepomuceno, pues tal era el nombre de aquel esclavo de la viuda Vauthier, entregaba lo que ganaba á su ama. En verano, aquel pobre abandonado se convertía en criado de los taberneros de la barrera, á quienes servía los lunes y los domingos. La viuda lo vestía entonces convenientemente.

Respecto á la muchacha, hacía de cocinera bajo la dirección de la viuda Vauthier, y, durante el tiempo que le quedaba, la ayudaba en su industria, pues aquella viuda tenía una profesión: hacía escarpines de orillo para los vendedores ambulantes.

En una hora, Godofredo supo todos estos detalles, pues la viuda lo paseó por todas partes y le enseñó la casa, explicándole su transformación. Hasta 1828 había sido un criadero de gusanos de seda, más bien

que para obtener seda, para obtener lo que se llama simiente. Once fanegas plantadas de moreras en la llanura de Montrouge y tres fanegas en la calle del Oeste, convertidas más tarde en casas, habían alimentado aquella fábrica de huevos de gusanos de seda. En el momento en que la viuda explicaba á Godofredo que el señor Barbet, que prestaba dinero á un italiano llamado Fresconi, empresario de aquella fábrica, no había podido recuperar su dinero, á pesar de la hipoteca que tenía sobre las construcciones y los terrenos, hasta después de haber puesto en venta tres fanegas de tierra que le enseñaba al otro lado de la calle de Notre-Dame des Champs, un anciano alto y seco, cuyos cabellos eran completamente blancos, apareció en la calle que da á la plazoleta de la calle del Oeste.

—¡Oh! ¡llega á tiempo! exclamó la Vauthier, mire usted, aquel es su vecino, el señor Bernard... Señor Bernard, le dijo tan pronto como el anciano estuvo á una distancia que pudiese oírle, aquí tiene usted el señor que viene á alquilar la habitación que está enfrente de la suya...

El señor Bernard miró á Godofredo de un modo que era fácil ver que significaba:

—Ha llegado al fin la desgracia que me temía.

—Caballero, ¿piensa usted vivir aquí? le preguntó en voz alta.

—Sí, señor, respondió modestamente Godofredo, No es asilo este para albergar á la gente feliz, y esto es lo menos caro que encontré en todo el barrio. La señora Vauthier no tiene la pretensión de albergar aquí millonarios... Adiós, buena señora Vauthier, disponga usted todo de manera que pueda instalarme esta tarde á las seis, pues vendré á esa hora en punto.

Y Godofredo se dirigió hacia la plazoleta de la calle del Oeste, andando con lentitud, pues la ansiedad pintada en la fisonomía del gran anciano le hizo creer que no iban á tardar en tener una explicación.

En efecto; después de titubear un poco, el señor Bernard volvió sobre sus pasos y fué á unirse á Godofredo.

—¡El viejo moscardón va á quitarle de la cabeza que venga! se dijo la viuda Vauthier. Esta es la segunda vez que me hace lo mismo... ¡Pero paciencial dentro de cinco días tiene que pagar el alquiler, y, como se retrase en lo más mínimo, lo pongo de patitas en la calle. El señor Barbet es una especie de tigre á quien no hay necesidad de excitar, y... Pero quisiera saber lo que le dice... ¡Felicidad! ¡Felicidad! ¡pelona del infierno! ¿vendrás de una vez?... gritó la viuda con su voz bronca y formidable, pues había tomado su voz atiplada para hablar con Godofredo.

La criada, muchachota colorada y vizca, acudió.

—Vigila la puerta algunos instantes, ¿me oyes? vuelvo dentro de cinco minutos.

Y la señora Vauthier, antigua cocinera del librero Barbel, uno de los más duros prestamistas, siguió los pasos de sus dos inquilinos, de modo que pudiese espiarlos de lejos y que pudiese encontrar á Godofredo cuando la conversación entre el señor Bernard y él hubiese acabado.

El señor Bernard iba despacio, como un hombre indeciso ó como un deudor que busca razones para justificarse ante un acreedor que acaba de dejarle en las peores disposiciones.

Godofredo, aunque iba delante, le miraba fingiendo que examinaba el barrio. Hasta llegar á la mitad de la gran calle de árboles del jardín del Luxemburgo, el señor Bernard no se dirigió á Godofredo.

—Dispense usted, caballero, dijo el señor Bernard saludando á Godofredo, que le devolvió el saludo. Le pido mil perdones si le detengo sin tener el honor de conocerle; pero ¿ha pensado usted bien lo que va á hacer trasladándose á la horrible casa en que yo vivo?

—Pero, caballero...

—Sí, repuso el anciano interrumpiendo á Godo-

fredo con un gesto de autoridad, ya sé que puede usted preguntarme con qué título me mezclo en sus asuntos y con qué derecho le interrogo... Escuche usted, señor mío, usted es joven y yo soy muy viejo, tengo ya sesenta y siete años, y cualquiera me haría ochenta. La edad y las desgracias autorizan á uno para muchas cosas, ya que la ley prohíbe á los septuagenarios el prestar cierta clase de servicios públicos. Pero ya no le hablo á usted de los derechos que dan las canas; se trata de usted. ¿Sabe usted que el barrio adonde viene á vivir está desierto á las ocho de la noche, y que el menor peligro que se corre en él es el de ser robado? ¿Se ha fijado usted en estos lugares deshabitados y en estas huertas y en estos jardines?... Podrá usted decirme que yo vivo en él; pero yo, caballero, no salgo de casa después de las seis de la tarde... Me dirá usted que encima de la habitación que va á tomar viven dos jóvenes... Pero esos dos jóvenes letrados están perseguidos por sus acreedores, se esconden aquí, y salen por la mañana y vuelven á las doce de la noche, sin temor á ladrones y asesinos. Por otra parte, van siempre juntos y armados... Yo mismo les he sacado de la prefectura de policía la autorización para usar armas...

—¡Bah! caballero, dijo Godofredo, no temo á los ladrones, por razones semejantes á las que hacen á esos señores invulnerables, y siento tan gran desprecio por la vida, que si me asesinasen por error benedeciría al asesino.

—Sin embargo, nadie diría que es usted tan desgraciado, replicó el anciano, que había examinado á Godofredo.

—Tengo lo imprescindible necesario para vivir, para comer pan, y vengo aquí precisamente á causa del silencio que reina. Pero ¿puedo yo preguntarle á usted el interés que le mueve á alejarme de esta casa?

El gran anciano no se decidía á responder, pues

veía llegar á la señora Vauthier. Godofredo, que lo examinaba atentamente, quedó sorprendido del estado de delgadez á que le habían llevado los pesares, el hambre ó acaso el trábajo; en aquel rostro, cuya piel disecada se adhería con ardor á los huesos como si hubiese estado expuesta á los ardientes rayos del sol de Africa, había huellas de todas estas causas de debilidad. La frente, ancha y de aspecto amenazador, abrigaba bajo su base dos ojos de un azul acerado, fríos, de mirada dura, sagaces y perspicaces como los de los salvajes, pero apagados por grandes ojeras llenas de arrugas. La nariz grande, larga y delgada, y el menton muy levantado, daban á aquel anciano una gran semejanza con la tan conocida y popular cara que se atribuye á Don Quijote; pero resultaba un Don Quijote mal encarado, un Don Quijote terrible.

Este anciano, á pesar de su severidad general, dejaba ver en él el temor y la debilidad que hace adquirir la indigencia á todos los degradados. Estos dos sentimientos parecían agrietar aquella faz construida tan sólidamente, que el pico devastador de la miseria parecía embotarse en ella. La boca era elocuente y seria. Don Quijote adquiriría algunos caracteres del presidente Montesquieu.

Todo su traje era de paño negro, pero de un paño sumamente raído. La levita, de corte antiguo, y el pantalón, mostraban algunos zurcidos hechos con muy poco arte. Los botones acababan de ser renovados. La levita, abrochada hasta la barba, no dejaba ver el color de la camisa, y la corbata, de un color rojizo muy obscuro, escondía la industria de un cuello postizo. Aquel traje negro, llevado hacía ya muchos años, oía á miseria. Pero el aire de aquel anciano misterioso, su porte, su actitud, el pensamiento que cobijaba su frente y que se manifestaba en sus ojos, excluía la idea de pobreza. El observador hubiera titubeado mucho antes de clasificar á este parisiense.

El señor Bernard parecía preocupado de tal modo,

que muy bien podía ser tomado por un profesor del barrio, por un sabio sumido en tiránicas y profundas meditaciones, todo lo cual contribuyó á que Godofredo sintiese por él un gran interés y curiosidad, que estaban aguijoneados por su misión benéfica.

—Caballero, si yo tuviese la seguridad de que busca usted el silencio y el retiro, le diría que alquilase el cuarto que está frente al mío, repuso el anciano continuando. Alquile usted esa habitación, dijo levantando la voz de modo que pudiese oírle la Vauthier, que pasaba muy cerca escuchando. Señor mío, soy padre, y no tengo en el mundo más que mi hija y mi nieto para ayudarme á soportar las miserias de la vida, y mi hija necesita silencio y absoluta tranquilidad... Todos los que han venido hasta ahora para alquilar esa habitación que usted ha tomado, atendieron mis razones y el ruego de un padre desesparado; les era indiferente vivir en tal ó cual calle de un barrio verdaderamente desierto, y donde las habitaciones baratas y casas de huéspedes á precios módicos no faltan. Pero veo en usted una voluntad firme y le suplico que no me engañe, pues de otro modo me vería obligado á marchar y á irme fuera de la barrera... En primer lugar, un traslado podría costar la vida á mi hija, dijo con voz alterada, y además, ¿quién sabe si los médicos, que vienen á verla por amor de Dios, querrían pasar las barreras?...

Si aquel hombre hubiese podido llorar, sus mejillas se hubieran cubierto de lágrimas mientras decía estas palabras; pero el llanto se notaba en su voz, y se cubrió la frente con la mano, que no dejaba ver más que huesos y músculos.

—Y ¿qué enfermedad tiene su hija? le preguntó Godofredo con aire insinuante y simpático.

—Una enfermedad terrible, á la que los médicos dan todos los nombres, ó mejor dicho, que no tiene nombre... Mi fortuna se ha agotado...

Se detuvo un rato para decir lo siguiente, con ese